

Se queja Alone, en su última crónica, de la tendencia que existe, entre algunos escritores, ~~de~~ de dar categoría literaria a palabras que hasta hace poco no veíamos escritas sino en las paredes. Ignoramos cuáles pueden ser las razones que animan esa tendencia, pero, sean ellas cuales sean, la verdad es que, contemplado el asunto desde un punto de vista exclusivamente literario -- y así debemos contemplarlo si de escritores se trata --, esa práctica no tiene excusa aceptable alguna. Es más: no tiene, en toda la literatura mundial, antecedente que merezca ni siquiera una nota en cuerpo cinco.

El afán de reproducir en letras de molde el lenguaje del pueblo, sea ese lenguaje limpio o sucio, no es un afán que quepa dentro de la literatura: pertenece por entero al folklore, y el escritor que al reproducir dicho lenguaje crea que está haciendo obra literaria, corre el peligro de no sobrepasar los límites folklóricos y caer en el terreno en que tantos hombres han caído para no levantarse jamás: en el que separa ambas disciplinas y en el que no se sabe quién es quién ni qué es. *La tierra de nadie.*

La literatura no ha usado jamás, como método, el lenguaje popular, ni su finalidad ha sido nunca el de reproducirlo. Su finalidad es muy distinta y sus métodos no han necesitado hasta ahora de palabras que no tienen, literariamente, valor alguno, ni decorativo ni expresivo, y el escritor que, urgido por alguna circunstancia especial, ha debido recurrir a ellas, ha limitado ~~ese~~ ^{su uso} ~~ese~~ a una palabra o a una frase, pues, como decía alguien, metafóricamente, "las casas no deben tener más que un solo W.C."

Por otra parte, ¿qué valor agrega a una obra literaria -- novela o cuento -- que se proponga la descripción o estudio de un individuo, de un grupo o de un país, la consignación y reproducción del lenguaje a que nos referimos? Ninguno, si de real literatura se trata. No son las palabras las que nos interesan: son sus pensamientos, sus ideas, sus reflexiones, sus reacciones, sus complejos, en una palabra, su vida mental, así

como, si es del caso, su vida material. Máximo Gorki, reconocido como maestro del género, no tiene, en todos sus numerosos libros, una sola palabra que no se pueda escribir o decir en cualquier parte, y no podemos tachar a Gorki de pudibundo o de amanerado. Y así como Gorki, ¿cuántos más?

Dejemos esas palabras a los amantes del folklore escatológico y no convirtamos las páginas de nuestros libros en murallas de la calle Maipú o San Pablo. Hay palabras para todo: no recurramos a las peores. De otro modo, jamás saldremos de esta literatura semicolonial que poseemos.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

Pablo - Te envío los
artículos que escribí
en el archivero que
yo revise - (sólo lleve
a la mitad) +
Bueno, adelante, que
es grande y que decaemos.

Leon a la 4 -

CELICH, UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©